

La noche en que se desgarró la finca La Hoya*

Por: María del Carmen Amaya
Secretaría Facultad de Mecatrónica y de Ingeniería de Telecomunicaciones
mariac288@hotmail.com
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia



Eran más o menos las 9 de la noche, del 12 de febrero del 2005 cuando la finca La Hoya, ubicada en la Vereda el Litoral de San Vicente de Chucurí se vio abruptamente golpeada por un desgarrador aguacero, producto de la ola invernal que azotaba al departamento de Santander.

No pasó mucho tiempo antes de que el frenético viento derrumbara un árbol de cedro que cayó sobre el transformador de la luz, oca-

sionado un apagón que dejó en tinieblas a la familia Serrano Amaya, conformada por el señor Leopoldo Serrano, su esposa Clara y su hijo Elkin.

En medio del rugir del viento, el frío embriagador y la absoluta oscuridad, don Leopoldo elevó una oración, pidiendo la protección para su familia, su tierra y sus animales; sin embargo, la furia de la naturaleza actuaba sin piedad. La lluvia cada vez más copiosa y el aire desenfrenado retumbaban sobre el techo de

* Crónica, resultado del trabajo realizado en el Diplomado en Procesos de Lectoescritura que ofrece la Unidad de Desarrollo Curricular y Formación Docente de la Universidad Santo Tomás

la casa de Elba y una tras otra fueron volando las hojas de zinc como si se trataran de pequeñas láminas de cartón, dejando sin techo la humilde vivienda.

Era ya casi la media noche; la angustia, el frío y desesperación eran lo único que tenían don Leopoldo y su familia, sin tener opción de refugiarse en otro lugar, esperaban la clemencia de la naturaleza y que cesara la lluvia. “De repente rugió la tierra”, comenta doña Clara, y sin avisar una avalancha de lodo arrasó con la mitad de la casa, llevándose por delante el corral donde estaban los animales y el cultivo de café y cacao que proveían a la familia.

La inclemente tempestad estaba devorando lo que habían construido toda una vida de trabajo, de sol a sol, la tierra que les había dado todo para vivir, ahora se lo quitaba, como reclamando su libertad, era sorda de los lamentos y

súplicas de sus vivientes que no podían hacer más que esperar la clemencia de Dios.

Se juntaron los tres en un pequeño y oscuro rincón de lo que quedaba del hogar a esperar lo peor, solo un milagro los salvaría. Sus cuerpos helados, enlodados y desgarrados por el cansancio se desvanecieron y un silencio abrazador los envolvió por lo que quedaba de la noche.

Al amanecer del siguiente día, la lluvia empezó a menguar y la aurora fue testigo de la desolada y triste realidad. La casita que destellaba al contacto de los rayos de sol con el Zinc ya no volvió a alumbrar. El “nidito” como llamaba tiernamente doña Clara a su casita, ya no existía. Sus vidas que milagrosamente se salvaron, quedaron vacías, sus sueños, sus logros, sus risas, sus alegrías, sus planes se habían ido... La naturaleza se los arrebató, esa fatídica noche.